

BIBLIOTECA MEXICANA
DE LA FUNDACIÓN
MIGUEL ALEMÁN

Historia Antigua de Méjico de Francisco Javier Clavijero

Alejandro de Antuñano Maurer

Entre las obras más importantes de la historiografía mexicana del siglo XIX que posee la Biblioteca Mexicana de la Fundación Miguel Alemán, A. C., destaca la *Historia antigua de Méjico* de Francisco Javier Clavijero en dos volúmenes (Ilustración 1). Las líneas que siguen tienen el propósito de resaltar la importancia de esta significativa obra, modelo de análisis sobre la antigüedad mexicana de un defensor de la cultura mexicana.

Surgen a veces las acciones y los actos del hombre, en parte como resultado de la oposición resuelta a las manifestaciones de la vida política o cultural que les circunda. Ante ciertas formas de expresión, estima de vital necesidad oponerse a ellas, bien para rebatirlas, bien para modificarlas, evitando de esta manera la multiplicación de lo que considera sus erráticas consecuencias. Así, frente a los esquemas teóricos de su tiempo, los que se establecen alrededor de la supuesta inferioridad del Nuevo Mundo, cuya naturaleza, en opinión de sus voceros y detractores, "había degenerado enteramente en los elementos, en las plantas, en los animales, y en los hombres", Francisco Javier Clavijero, mexicano, historiador y ex jesuita, refutara desde Italia en el año de 1780, en su *Storia antica del Messico*, y las di-

sertaciones sobre la tierra, los animales y los habitantes de México, que incluyó en la misma, la muy vieja polémica de la desigualdad sostenida entre Europa y América, llevada a cabo en esta nueva ocasión principalmente por el naturalista francés Georges-Louis Leclerc de Buffon, y el antropólogo holandés o prusiano (no se sabe bien) Cornelius De Pauw, representantes, no obstante, del Siglo de las Luces o de la Ilustración.

Se habla de una vieja polémica, y es que, en efecto, se trata de la antigua querrela que sobre la capacidad intelectual de los indígenas, prácticamente se sostiene desde los días del descubrimiento de América y desde los tiempos de Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda. Desde luego, la controversia en los tiempos de Clavijero será diferente, pero las variaciones al tema continuarán siendo esencialmente las mismas: la supuesta inferioridad de lo americano. Lo que ahora, sin embargo, cambiaba, era la oportunidad de objetar sólidamente también y como contrapartida, los argumentos absurdos que surgían en el seno del Siglo de las Luces, los de Buffon y De Pauw. A esto se enfrentó Clavijero como una de sus fuertes motivaciones. Pero no siempre se habían utilizado en la disputa herra-

mientas tan completas, al menos en el pasado inmediato, el de los últimos cincuenta años. El célebre español fray Benito Gerónimo Feyjoó y Montenegro, por ejemplo, había ya defendido en su oportunidad, desde la península, a los americanos. Para esto utilizó o más bien adaptó a su apología americana los argumentos de otro español a quien conoció bien por sus excelentes obras: el célebre Juan de Palafox y Mendoza, décimo octavo virrey de la Nueva España. Así Feyjoó en su *Mapa intelectual y cotejo de naciones*, siguiendo a Palafox en su obra *De la naturaleza de indio* —capítulo xv— defenderá la materia de la disputa con argumentos que hoy se antojan barrocos e ingeniosos, pero no de la solidez de los del ex jesuita Clavijero:

El concepto que desde el primer descubrimiento de la América se hizo de sus habitantes, y aun hoy dura entre la plebe, es, que aquella gente, no tanto se gobierna por razón, quanto por instinto, como si alguna Circe, peregrinando por aquellos vastos Países, hubiese transformado todos los hombres en bestias. Con todo sobran testimonios de que su capacidad en nada es inferior á la nuestra. El Ilustrísimo Señor Palafox no se contenta con la igualdad; pues en el Memorial que presentó al Rey en favor de aquellos vasallos, intitulado Retrato natural de los Indios, dice que nos exceden. Allí cuenta de un Indio que conoció su Ilustrísima, á quien llamaban Seis oficios, por que otros tantos sabía con perfección. De otro que aprendió el de Organero en cinco, ó seis días, solo con observar las operaciones del Maestro, sin que este le diese documento alguno. De otro que en quince días se hizo Organista. Allí refiere también la exquisita sutileza con que un Indio recobró el caballo, que acababa de robarle un español. Aseguraba este, reconvenido por la Justicia, que el caballo era suyo había muchos años. El Indio no tenía testigo alguno del robo. Viéndose en este estrecho, prontamente echó su capa sobre los ojos del caballo, y volviéndose al Español, le dixo que ya tanto tiempo habia era dueño del caballo, no podía menos de saber de que ojo era tuerto; así que lo dixese: el Español, sorprendido, y turbado, á Dios, y á dicha, respondió que del derecho. Entonces el Indio, quitando la capa mostró al Juez, y á todos los asistentes, que el caballo no era tuerto, ni de uno ni

de otro ojo; y convencido el Español del robo, se le restituyó el caballo al Indio.

Concebirán Buffon y De Pauw, entre una pléyade de absurdos, la condición del hombre americano como precaria, estableciendo que los salvajes americanos no pueden tener un número importante de ideas abstractas porque no tienen facilidades de ejecutar comparaciones sistemáticas y por consecuencia su lenguaje será pobre para expresar dichas ideas. Para el naturalista francés también la inferioridad del Nuevo Mundo será zoológica. Establecerá nada menos en su *Historia de los cuadrúpedos* que la notable ausencia de animales corpulentos y fuertes como el elefante parecía demostrar la perniciosidad del ambiente americano. Por su parte para De Pauw, de acuerdo con sus *Reflexiones filosóficas sobre los americanos*, la denigración americana resultará esencialmente antropológica: si bien es cierto que el hombre americano es el más reciente, no lo es menos señalar que, en comparación con los hombres de otros lugares, es el más decadente. Y esta decadencia hablaba de “degeneración” en el sentido del regreso a la impotencia vital del hombre, analizado desde la distancia y pintado con un retrato pavoroso:

Los americanos [dirá] son feos, débiles y sujetos a muchas enfermedades extravagantes, ocasionadas por la insalubridad del clima. Pero por imperfectos que sean sus cuerpos aún lo son mucho más sus almas. Son tan faltos de memoria que no se acuerdan hoy, de lo que hicieron ayer. No reflexionan ni coordinan sus ideas, ni son capaces de mejorarlas, ni de pensar, porque los humores de sus cerebros son gruesos y viscosos.

Estas caudas de tonterías se señalaron en los años de 1768 y 1771, justo cuando el Siglo de las Luces intentaba apoyarse en la razón y en la ciencia como instrumentos de precisión, capaces de explicar satisfactoriamente el curso de los acontecimientos humanos y los fenómenos de la naturaleza.

Sorprende pues que a estos detractores de la naturaleza y del hombre americano se les concediera tan amplio crédito; mismo que obligara

a Clavijero a tomar la determinación de contrarrestar con su trabajo las supuestas inferioridades del clima, la fauna de América, el indio y el criollo, los que paso a paso fueron exculpados de los fanáticos cargos y deficiencias que se les achacaron. Y el crédito se había ganado por otra parte sin haber puesto un pie en América, o como dijera Clavijero de De Pauw, “sin salir de su gabinete de Berlín”. Sin la experiencia directa del ambiente y la sociedad analizada, y utilizando únicamente los resultados de la deducción intuitiva, estos hombres alteraban la realidad americana, y contribuían con sus escritos a fortalecer y revivir una polémica que aún en nuestros días, con nuevas variantes desde luego, no ha terminado, pues todavía se juzga y opina desde fuera lo que conviene a nuestro desarrollo y cultura.

Afortunadamente Europa misma se verá dividida ante la extravagante disputa. Mientras algunos humanistas impugnarán a través de la enciclopedia o de sus obras las cualidades de América, como Voltaire, Hume, Raynal, De Maistre o Hegel; otros, como Rousseau, Herder y Humboldt, mitificarán o más aún, sobre el terreno de los hechos, darán fe, como en el caso de este último, de la grandeza de las tierras y el hombre de América. Con su *Ensayo político sobre el reino de Nueva España*, Alejandro de Humboldt, en efecto, proporcionaba a los hombres ilustrados de América y Europa el conocimiento científico y verdadero del continente que la ocasión demandaba y apoyado en el campo de la experiencia y la investigación rigurosa de la Ilustración.

Nació el ilustre Clavijero en Veracruz el 9 de septiembre de 1731 y falleció en Bolonia, Italia, el 2 de abril de 1787. A los 17 años, el día 13 de febrero de 1748, tomó la ropa de jesuita en el noviciado de Tepetzotlán y tres años después se encontraba en el Colegio de la Compañía de Puebla, en donde se dedicó —nos dice Beristáin— “al estudio formal de la filosofía moderna, y se hizo familiares los escritos de Regis, Duhamel, Purchot, Cartesio, Gasendo, Neuton y Leibnitz, guiado por las noticias de Fontenelle. Este estudio —continúa Beristáin— lo hizo privada y aun secretamente, porque entre los jesui-

tas de Méjico se miraba todavía a mitad del siglo 18, como peligrosa a la pureza de la religión, la lectura de tales libros”.

En los diferentes lugares de la Nueva España en donde residió, aprendió Clavijero de viva voz los idiomas mexicano, otomí y mixteco, de los cuales después realizó un estudio gramatical. Habiendo aprendido el francés de su padre Blas Clavijero, también llegó a dominar los idiomas griego, hebreo, latín, italiano, inglés y portugués.

En 1767, con la expulsión de los reinos de Carlos III, de todos los miembros de la Compañía de Jesús, Francisco Javier Clavijero se establecerá en Italia, primero en la legación pontificia de Ferrara y luego en la de Bolonia. La provincia de los jesuitas de la Nueva España, al momento de efectuarse la expulsión, contaba con 678 religiosos, y casi dos años fueron necesarios para que estos mexicanos pasaran a Italia. En el trayecto perecieron 101, de los cuales 34 fueron presas del vómito prieto en Veracruz, nueve en La Habana, 11 en el mar y finalmente nueve en el puerto de Santa María. El mismo Clavijero quedó gravemente enfermo en La Habana, y ya restablecido prosiguió su trayecto hacia Córcega, donde debería desembarcar, y en cuyas costas, siendo lo habitual, naufragó su embarcación; y como tuvo proyectos por los cuales vivir, fue rescatado de las olas, pues invocó en tan terrible trance a la Virgen de Guadalupe.

En Italia encontró Clavijero una nutrida y rica información sobre asuntos de México, que naturalmente aumentó el gran caudal de datos, noticias y documentos importantes sobre la historia de México que llevó consigo desde Guadalajara, en donde recibió la noticia de su expulsión.

En Ferrara pudo consultar nuestro historiador la magnífica biblioteca del conde Aquiles Crespo y su hijo Benito, y serán Roma, Bolonia, Nápoles, Florencia, Génova, Milán y Venecia las principales fuentes de su refuerzo documental sobre México. Por ejemplo, hallará Clavijero en la biblioteca de Bolonia llamada del Instituto de las Ciencias “un original meicano en papel de los indios; y en Florencia otros varios que la duquesa Beatriz de Toledo había hecho colocar allí con el retrato original del emperador Moctezuma”. Así,

pues, prácticamente estaba reunido todo el material que necesitaba para su viejo proyecto de escribir una historia de su país, pues si a éste se unía el formidable núcleo de noticias y colección de documentos históricos que había sacado del Colegio de San Pedro y San Pablo de la ciudad de México y que Carlos de Sigüenza y Góngora le había donado, el periodo histórico se complementaba considerablemente.

Con estos materiales Clavijero empezó pues a trabajar su historia. Pero será sólo cuando llegue a sus manos la edición inglesa de De Pauw de 1771, las *Reflexiones filosóficas sobre los americanos*, que tuvo en Italia, como en el resto de Europa, amplia difusión, que Clavijero se decide a dar forma a este dual y rico acervo mexicano. Será así, el tiempo de la voluminosa publicación que más mérito y reconocimiento le dio y le ha dado; el tiempo de su *Storia antica del Messico cavata da' migliori storici spagnuoli, e da' manoscritti, e dalle pitture antiche degl'indiani: divisa in dieci libri, e corredata di carte geografiche, e di varie figure e dissertazioni sulla Terra, sugli animali, e sugli abitatori del Messico*.

Emprendida, según el mismo Clavijero, "para evitar una ociosidad enojosa y culpable... para servir a su patria... y para reponer en su esplendor a la verdad ofuscada por una turba increíble de escritores modernos sobre América", la obra apareció impresa primero en tres tomos con ilustraciones y mapas en Cosenza en el año de 1780 por Gregorio Biasini, y desde luego era claro para el lector, que se dirigía a refutar la obra de De Pauw porque en ella indicaba sin ambages el mismo Clavijero "como en un muladar, se han recogido las inmundicias, esto es, los errores de los otros —léase Buffon, en quien se había basado De Pauw—. Si parecen fuertes mis expresiones —continuaba— ha sido porque no he creído conveniente emplear la dulzura con un hombre que se pone de hecho pensado a injuriar al nuevo mundo, y a las personas más respetables del antiguo". El cuarto tomo, el de sus *Disertaciones*, se publicó al año siguiente, en 1781. Su obra la dedicó a la Universidad de México.

El original de su historia lo escribió Clavijero en castellano, pero luego, pensando que era más

conveniente que la historia fuera conocida en el país que le había dado asilo, y a solicitud de sus amigos europeos, la tradujo al italiano. De todas formas, nunca en ese momento el suspicaz gobierno de Carlos III la hubiera publicado. La *Storia antica del Messico* tuvo éxito inmediato en Italia. Para 1787 se tenía su traducción al inglés hecha por iniciativa del gran Francisco de Miranda, luego al francés, y para 1789-1790 al alemán. En España la obra no circuló como era de esperarse. Su tendencia criolla, además, lo hacía imposible. La versión española completa sólo pudo ser conocida y valorada cuarenta y seis años más tarde, en 1826, cuando traducida por José Joaquín de Mora, apareció publicada por el laborioso Ackermann e impresa por Carlos Wood, en la ciudad de Londres. Los mexicanos en su mayoría, con esta edición, dejaban atrás la idea vaga e imperfecta que de la obra de Clavijero habían tenido. La primera edición española que superó deficiencias de la italiana apareció en dos tomos rica y profusamente ilustrados con grabados y dos mapas, y es una de las ediciones del siglo XIX más cuidadas y completas que de Clavijero y de México se tengan en nuestros días.

Con riguroso método, profundo espíritu crítico y sólida erudición, Clavijero, con el mejor de sus trabajos, daba a conocer al siglo XVIII, quizá desde los días de las primitivas historias de cronistas e historiadores, "la antigua civilización" de una nación reputada hasta entonces por muchos ignorantes —filósofos, historiadores y cultos de la época— de salvaje y bárbara, y sin el menor destello de desarrollo; y presentaba al mismo tiempo el verdadero cuadro de la vasta riqueza natural y social de la entrañable patria lejana.

"Agobiado de tribulaciones", los trabajos que pasó Clavijero para concluir su *Historia* fueron inmensos, incluyendo los económicos "porque dejando —señala en su prefacio— aparte los grandes dispendios que he hecho para proporcionarme los libros necesarios de Cádiz, Madrid y otras ciudades de Europa, he leído y examinado diligentemente casi todo lo que se ha publicado hasta ahora sobre el asunto; he estudiado gran número de pinturas históricas mexicanas; he confrontado las relaciones de los escritores, y

he pesado en la balanza de la crítica su autoridad; me he valido de los manuscritos que ya había leído durante mi mansión en Megico, y he consultado muchos hombres prácticos de aquellos países"; y no sólo leyó, coordinó y redactó el numeroso material de su historia, lo que era lógico, sino que además tradujo al italiano y tramitó sin ayuda el cuidado y vigilancia de la edición que entregó para su impresión a Biasini en 1779.

Clavijero, con su *Historia de las instituciones de los antiguos mexicanos, política, económica, social y cultural*, se erigía en ese casi extinto siglo XVIII,

como el ilustrado defensor por excelencia de la cultura mexicana que reforzaba los sentimientos de un nacionalismo criollo en ciernes que no tardaría en expresarse plenamente en los inicios del convulso siglo XIX de México. Por otra parte, al manifestar Clavijero ante la cultura europea como contraparte los valores consustanciales de México y América, también la cultura mexicana adquiría el prestigio, el perfil y la validez propios de una civilización que era capaz de diseñar su propio destino, y que además así lo haría saber a Europa en pocos años.

HISTORIA ANTIGUA

DE

MEGICO:

SACADA DE

LOS MEJORES HISTORIADORES ESPAÑÓLES, Y DE LOS MANUSCRITOS,

Y DE

LAS PINTURAS ANTIGUAS DE LOS INDIOS;

DIVIDIDA EN DIEZ LIBROS

ADORNADA CON MAPAS Y ESTAMPAS.

E Ilustrada con

DISERTACIONES SOBRE LA TIERRA, LOS ANIMALES, Y LOS HABITANTES
DE MEGICO.

ESCRITA POR

D. FRANCISCO SAVERIO CLAVIGERO;

Y Traducida del Italiano

POR JOSE JOAQUIN DE MORA.

TOMO I.

LONDRES:

LO PUBLICA R. ACKERMANN, STRAND,

Y EN SU ESTABLECIMIENTO EN MEGICO:

ASIMISMO

EN COLOMBIA, EN BUENOS AYRES, CHILE, PERU, Y GUATEMALA.

1826

ILUSTRACIÓN 1. Clavijero, Francisco Saverio. *Historia antigua de Megico*, traducida del italiano por José Joaquín de Mora, Londres, R. Ackermann, Strand, 1826, 2 tomos: il. maps., FMA, BMA. Logicat, 001589 (972.014. CLA.R).

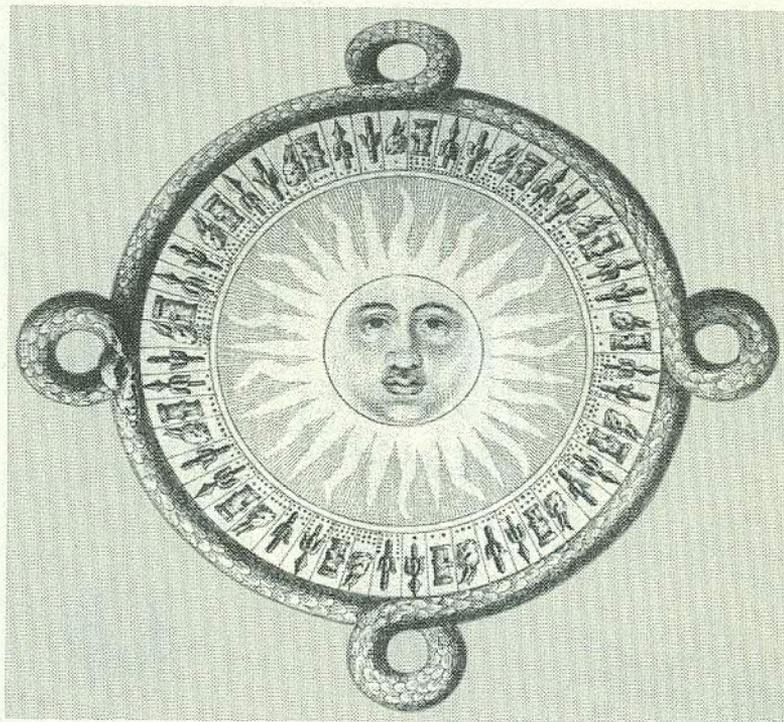


ILUSTRACIÓN 2. El siglo mexicano.

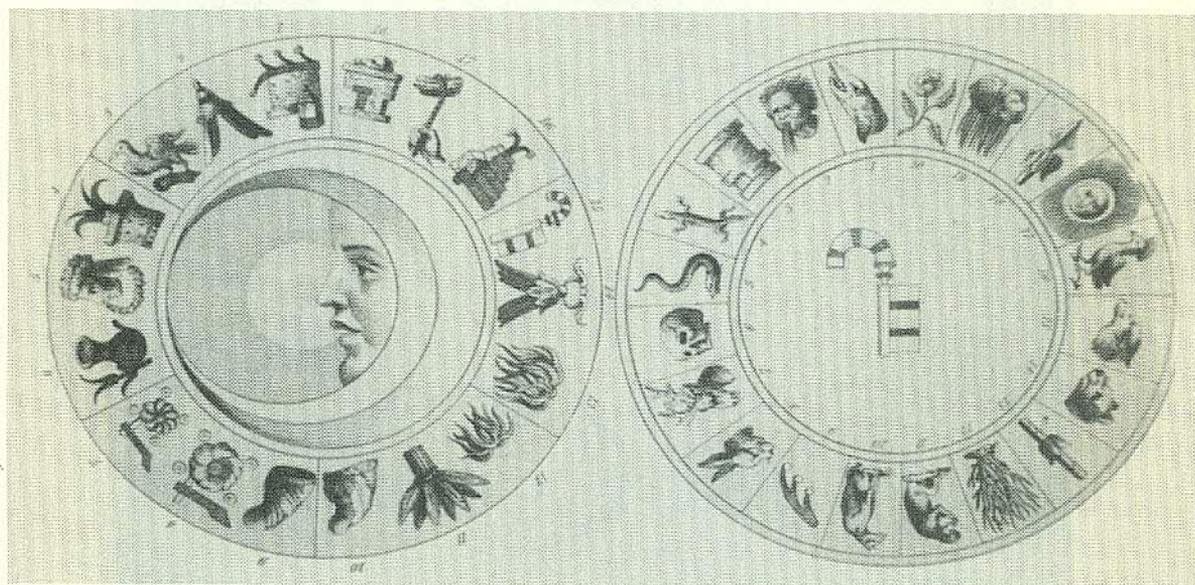


ILUSTRACIÓN 3. Año y mes mexicano.

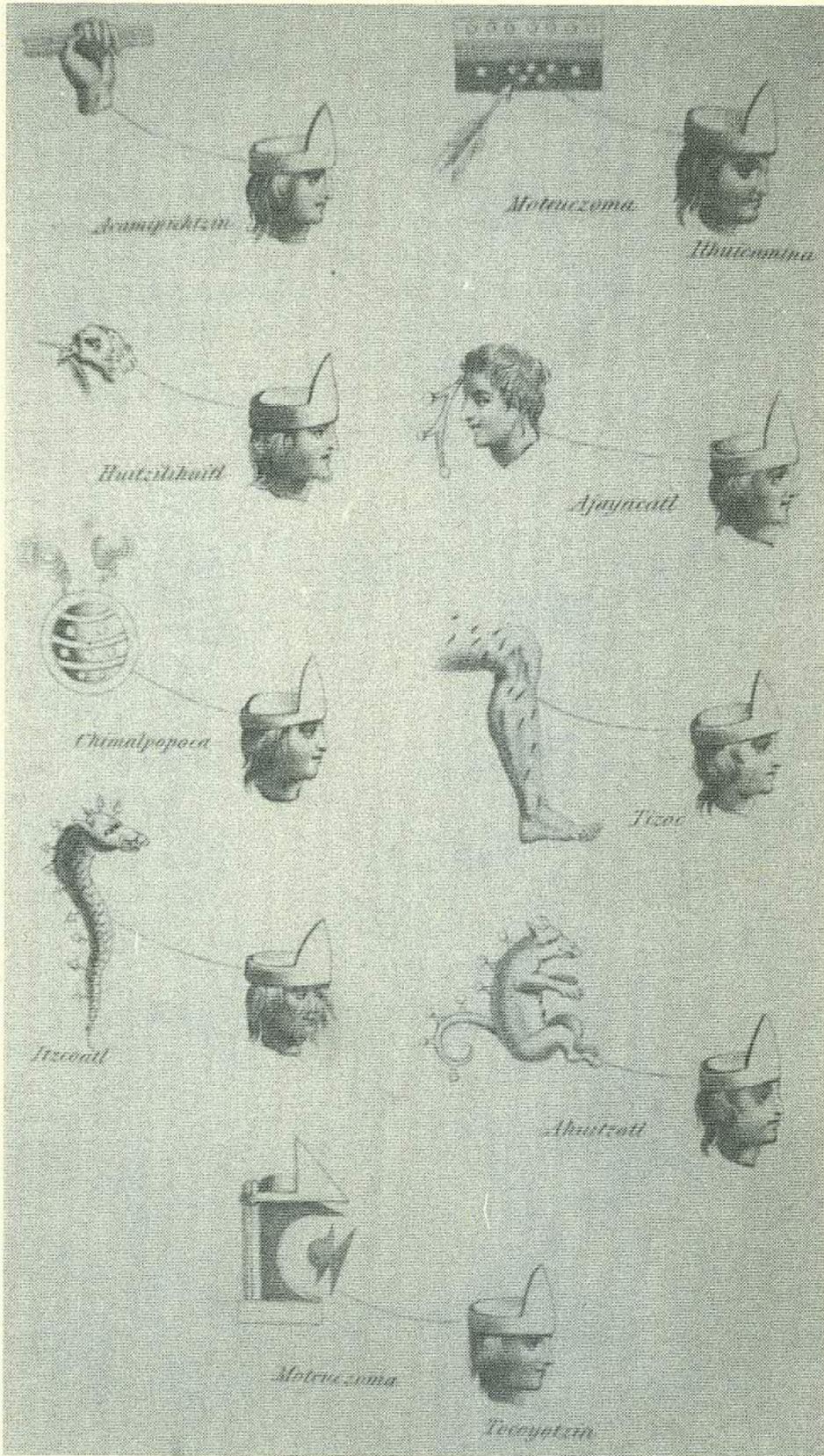


ILUSTRACIÓN 5. Nombres de los reyes mexicanos.

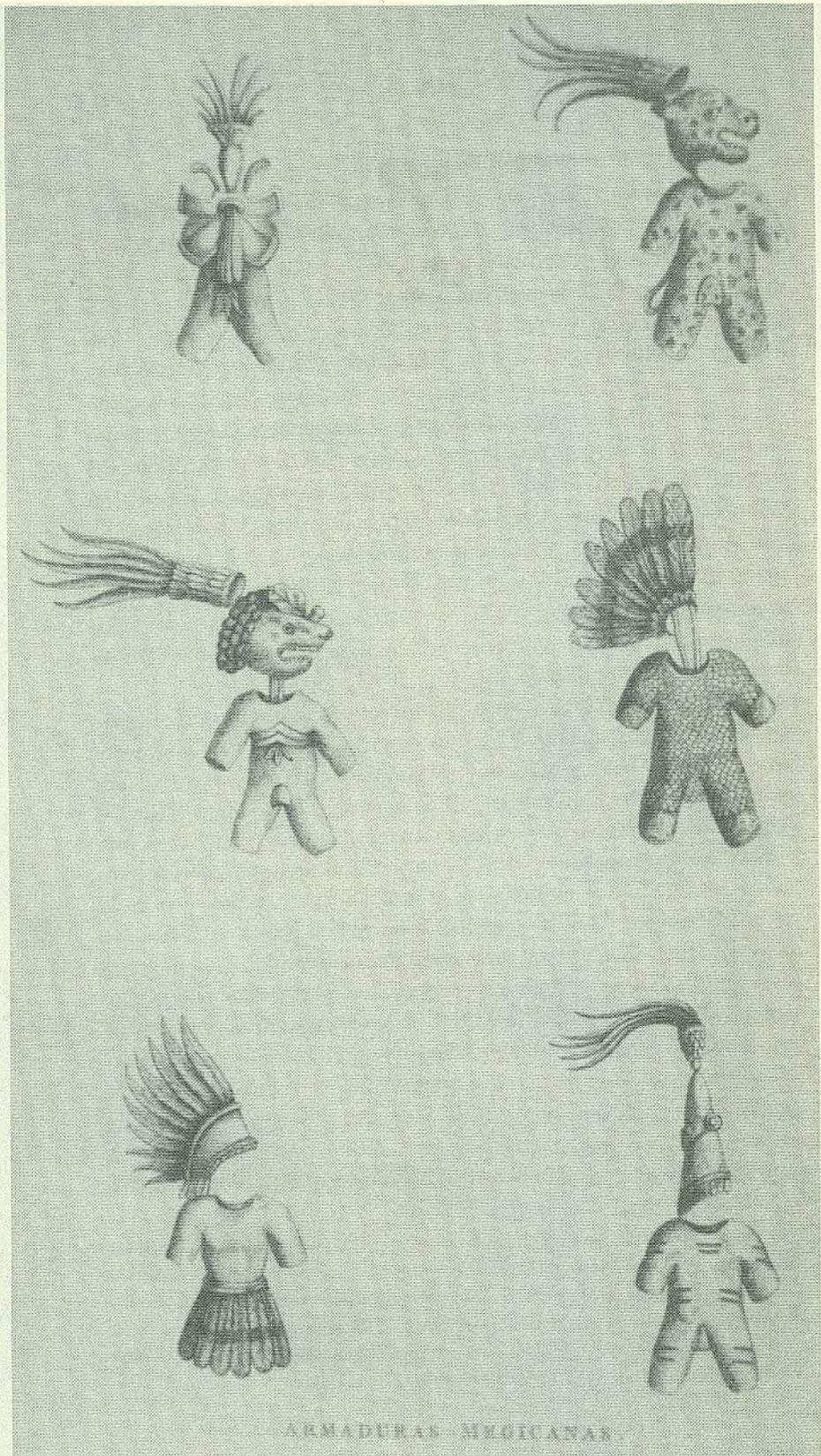


ILUSTRACIÓN 6. Armaduras mexicanas.

ILUSTRACIÓN 7. Homajes de los reyes mexicanos.

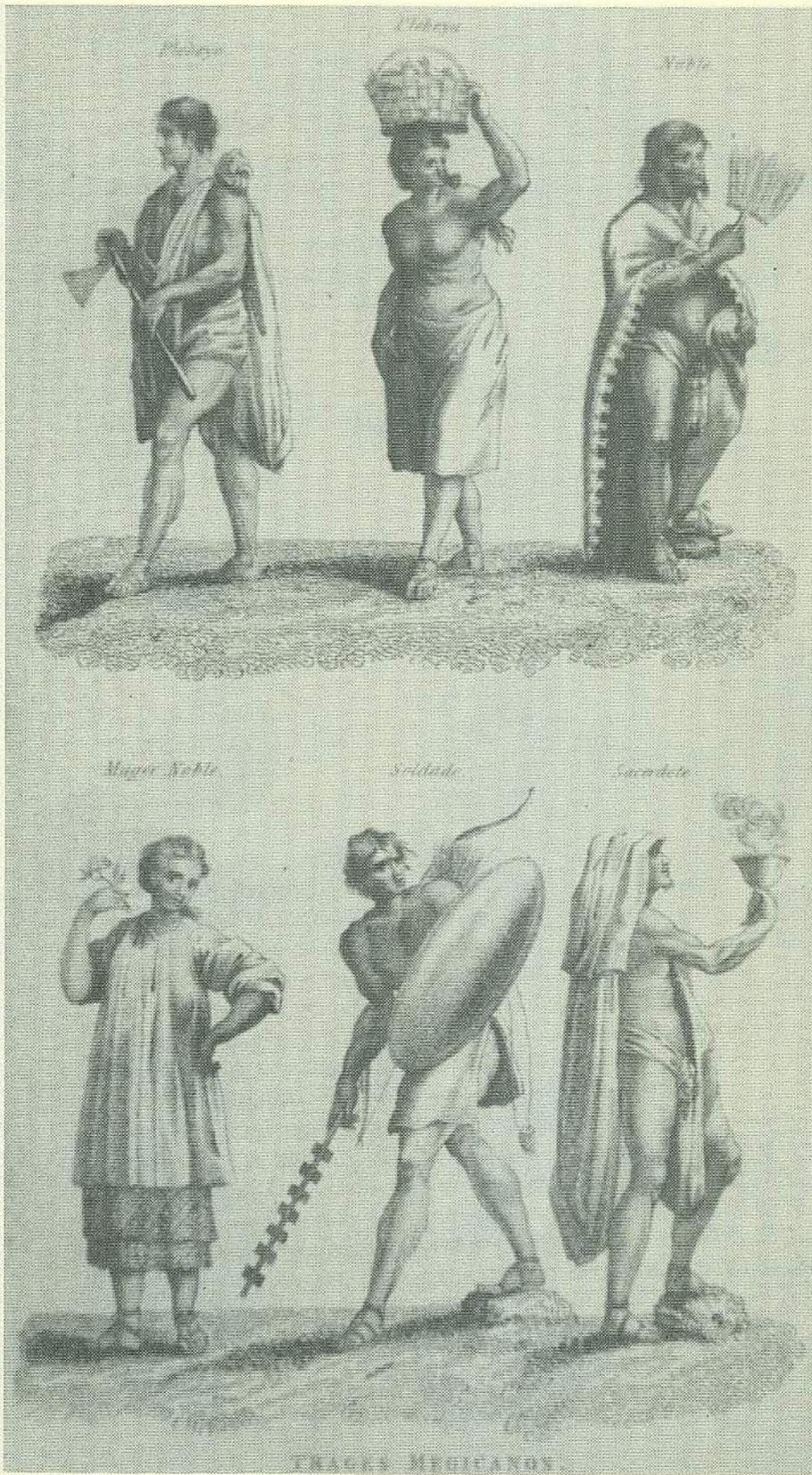
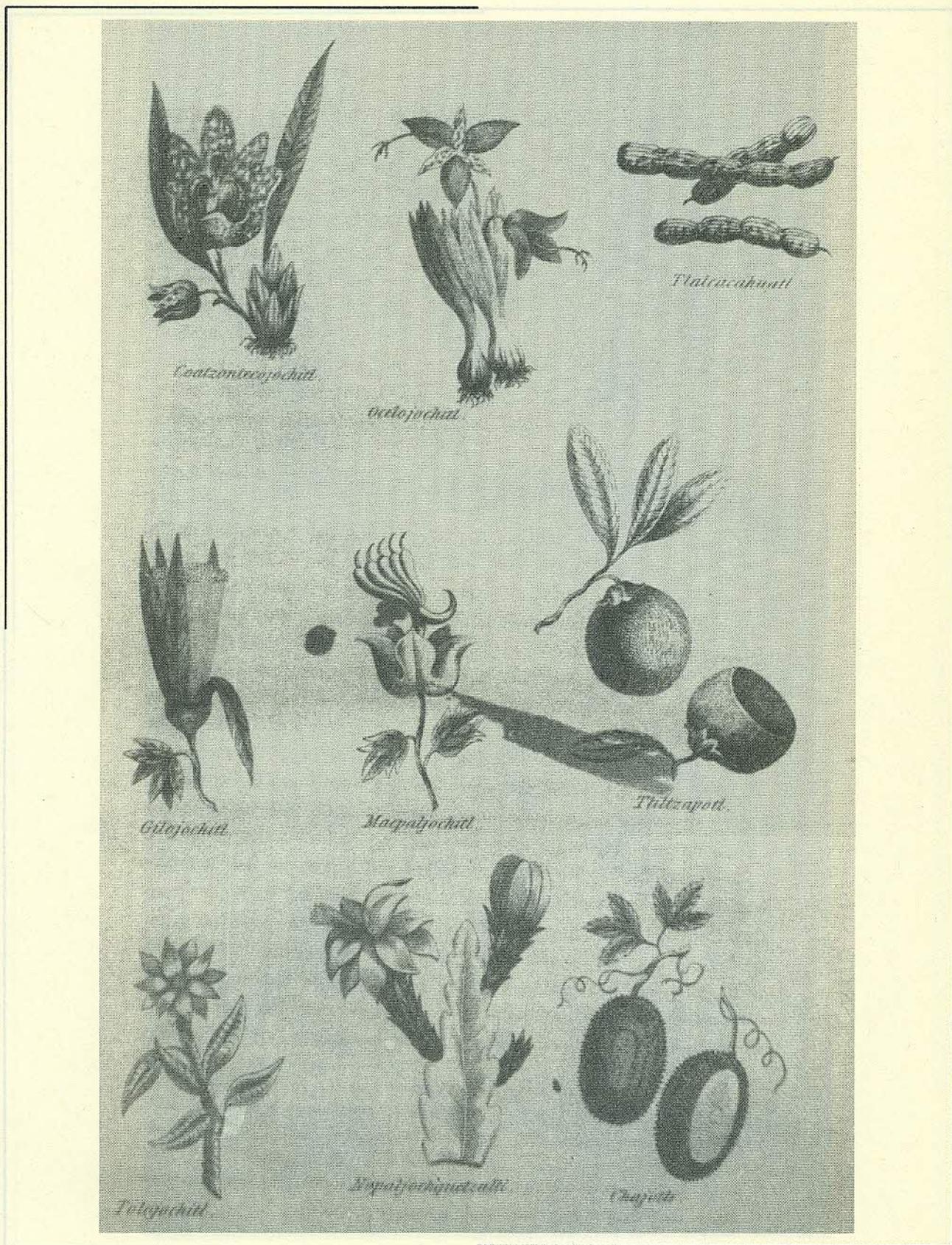


ILUSTRACIÓN 7. Trajes mexicanos.

ILUSTRACIÓN 8. Paises mexicanos.



ILUSTRACION 8. Plantas mexicanas.

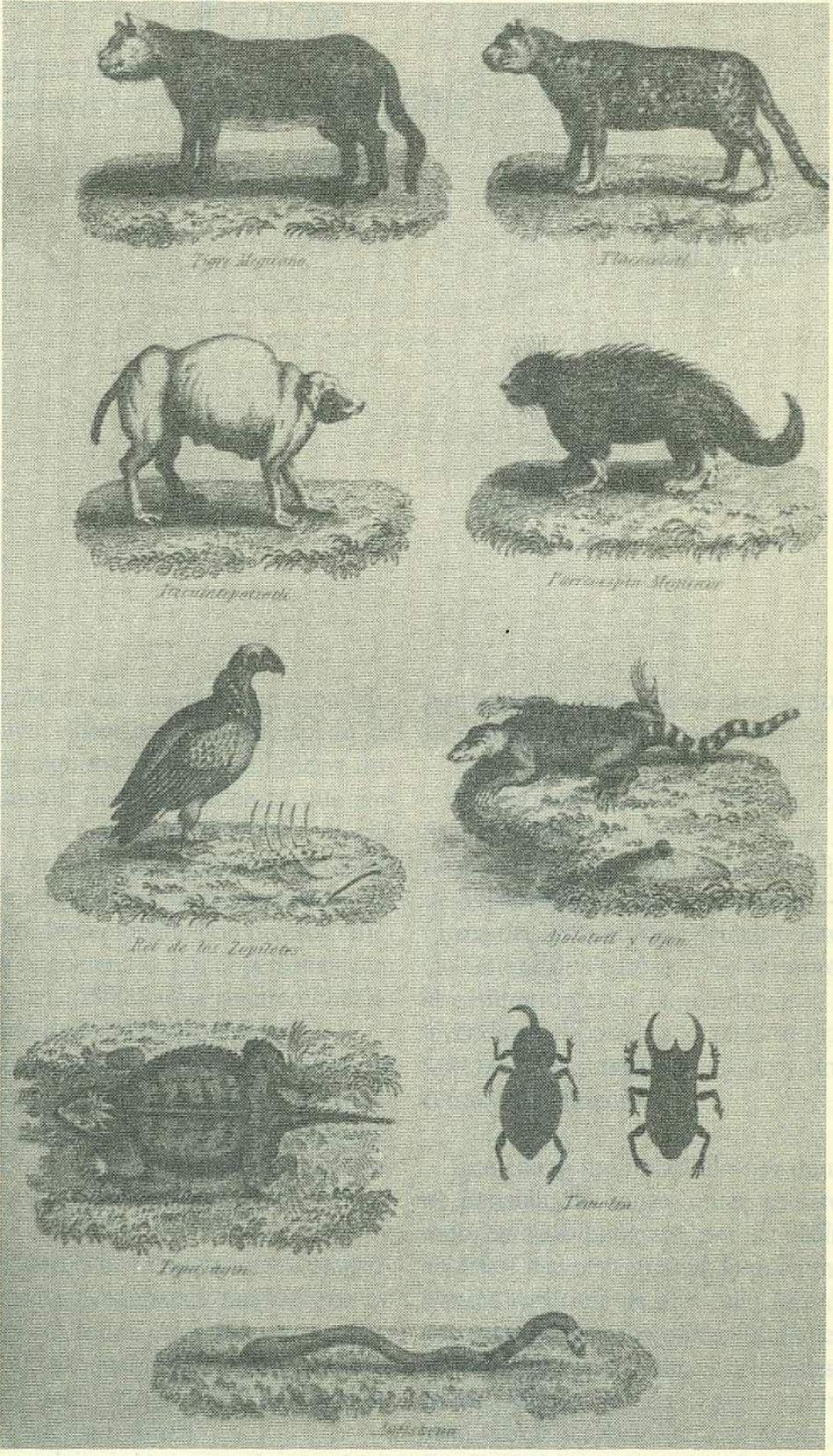


ILUSTRACIÓN 9. Animales mexicanos.